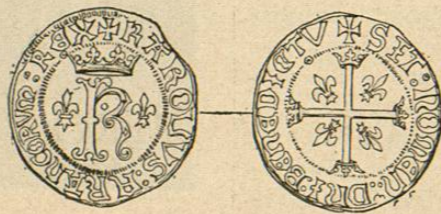


Tours se construyen ó se están terminando diez templos y capillas; y el obispo Luis de Amboise enriquece su catedral de Albi con un pórtico y una verja de coro que figuran entre las joyas más suntuosas del arte gótico.

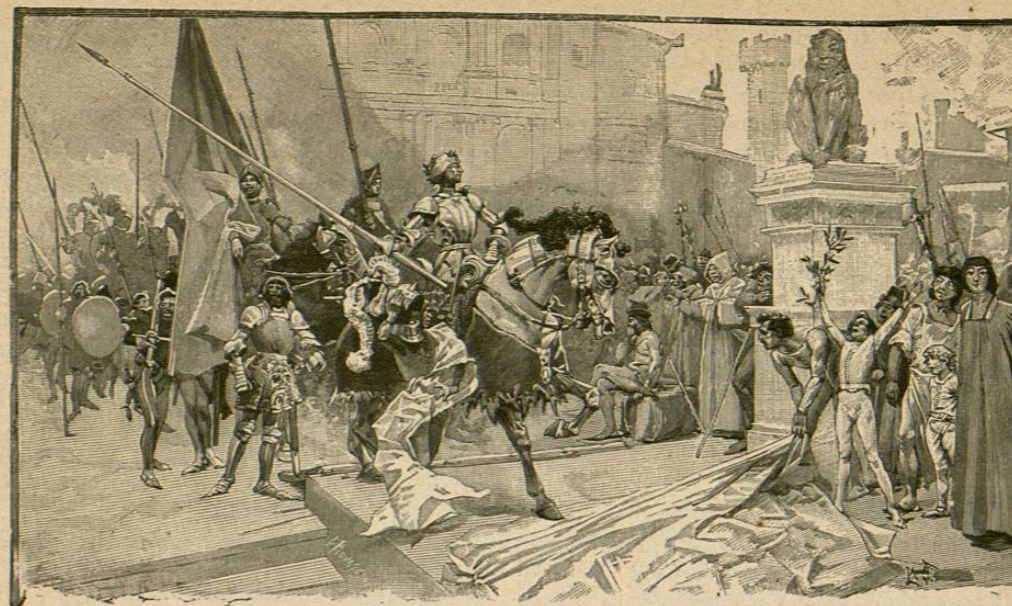
Los acontecimientos políticos han repercutido siempre, poco ó mucho, sobre el arte; así la reacción feudal provocada por la política de Luis XI se traduce en un renacimiento efímero de la antigua arquitectura militar. Saint-Pol, el condestable rebelde, ensanchó el castillo de Ham é hizo construir en él una torre cuyos muros medían once metros de espesor, y para Bringón de Roquefeuil levantóse en Bonaguil, en Agenais, una fortaleza enorme, admirablemente adaptada á la moderna artillería; pero estas eran excepciones, pues los arquitectos se dedicaban especialmente á edificar cómodas y alegres residencias, como el Plessis-les-Tours, y ya co-

menzaban á construirse los castillos de Amboise y Chaumont.

Los acontecimientos políticos de fines del siglo xv tuvieron para la actividad intelectual y artística de Francia consecuencias más graves que la construcción de algunas fortalezas. La desaparición de la casa de Borgoña y la larga serie de guerras de Italia fueron sucesos importantes en la historia de nuestra literatura y de nuestras artes. La dominación de la dinastía borgoñona en los Países Bajos había asegurado relaciones constantes entre Francia y la Flandes; la caída de la casa ducal rompió estos lazos; y si bien es cierto que la influencia estética flamenca subsistía en Francia, en tiempo de Carlos VIII, no lo es menos que estaba condenada á una rápida decadencia: la brillante civilización italiana iba á conquistarse la admiración del Occidente.



Moneda de Carlos VIII



Entrada de Carlos VIII en Florencia

## LAS GUERRAS DE ITALIA. FRANCIA BAJO CARLOS VIII LUIS XII Y FRANCISCO I (1492-1547)

POR ENRIQUE LEMONNIER, CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

### LIBRO PRIMERO

#### LAS GUERRAS DE ITALIA (1492-1518)

##### CAPÍTULO PRIMERO

###### LA EXPEDICIÓN DE CARLOS VIII (1494-95)

I. Carlos VIII y los proyectos sobre Italia.—II. Italia.—III. Los antecedentes de la cuestión italiana.—IV. Estado de las potencias en 1494.—V. Conquista y pérdida de Nápoles.

###### I.—Carlos VIII y los proyectos sobre Italia (1)

Los reinados de Carlos VIII y Luis XII inauguraron las guerras de Italia que pusieron á Francia en contacto con todas las potencias de Europa.

Ahora bien: estas guerras se desarrollan en un momento en que la civilización europea se renueva: el Renacimiento transforma las ideas; la Reforma, que está en sus comienzos, influye en las conciencias; el descu-

brimiento de América abre al pensamiento y á la actividad humanos un rumbo desconocido; la política internacional se modifica por la creación ó desenvolvimiento de cuatro grandes Estados, Francia, Inglaterra, España y Austria; el triunfo del principio monárquico altera los regímenes gubernamentales; la pólvora, que es ya de empleo práctico, transformará el arte de la guerra; y merced á la difusión de la imprenta, todas las ideas y todos los sentimientos encuentran una expansión extraordinaria.

Entonces empiezan los tiempos que llamamos modernos para conservar la expresión consagrada por el uso.

Aunque, en lo sucesivo, el carácter principal de la civilización lo constituye la parte importante que en ella ocupa la antigüedad y con ésta Italia, que era la

(1) FUENTES PARA EL CONJUNTO DEL LIBRO PRIMERO.—Du Mont, *Corps universel diplomatique*, tomo III, 1726. Marino Sanuto, *I Diarii*, tomos I á XXVI, publicados desde 1879 á 1889. Canestrini y A. Desjardins, *Negotiations de la France avec la Toscane*, tomos I y II, 1859-1861. Guichardin, *Storia d'Italia*, 1490-1534. La primera edición es de 1561; existen numerosas ediciones en italiano y traducciones en francés.

OBRA.—J. Janssen, *Die allgemeinen Zustände des deutschen Volkes beim Ausgang des Mittelalters*, 18.<sup>a</sup> edición, 1897 (biblio-

grafía abundantísima); traducción francesa de E. Paris sobre la 14.<sup>a</sup> edición, 1887. Ulmann, *Kaiser Maximilian I*, tres volúmenes en dos tomos, 1887-91. Pastor, *Geschichte der Päpste seit dem Ausgang des Mittelalters*, tomo III, edición de 1899 (abundante bibliografía). Traducción francesa de Furcy Raynaud sobre una edición anterior, tomo VI de la *Histoire des Papes depuis la fin du Moyen âge*, 1898. Perrens, *Histoire de Florence, depuis la domination des Médicis jusqu'à la chute de la république*, tomos I, II, y III, 1888-90. Boissonnade, *Histoire de la réunion de la Nava-*



primera que en la antigüedad se había inspirado, no debe creerse que tal civilización se fundara en la antigüedad y en Italia exclusivamente, puesto que en ella dejó su huella impresa la civilización de la Edad media, que fué especialmente la de las naciones septentrionales: la imprenta, la Reforma y los regímenes políticos y sociales de los grandes Estados son obra de los pueblos del Norte.

Pero los hombres del siglo XVI, persuadidos de que el pasado desaparecía por entero y de que había sido infecundo, no quisieron saber ya nada más de él y creyeron que todo se creaba ó renacía con y para ellos, gracias á la antigüedad nuevamente encontrada; y este hecho explica por qué se ha aplicado á esta época la palabra Renacimiento.

En los grandes acontecimientos de aquel tiempo, salvo en la política, Francia no desempeñó al principio más que un papel secundario al lado de Italia y aun de Alemania; no empezó allí el Renacimiento, ni allí se descubrió la imprenta, ni se realizó la revolución religiosa de donde salió la Reforma; pero por su contacto con el extranjero, especialmente con Alemania y con Italia, recibió las ideas nuevas, se las asimiló y poco á poco imprimió en ellas su sello propio.

Las guerras de Italia, por consiguiente, abren un período en nuestra historia, lo mismo que en la historia universal.

El matrimonio de Carlos VIII con Ana de Bretaña, efectuado en 1491, y la reconciliación de aquél con Luis de Orleans señalan el fin del gobierno de los Beaujeu. A partir de 1492 comienza casi un nuevo reinado: Carlos VIII se encarga de la dirección de los asuntos de su reino (1).

Contaba el rey en aquella sazón veintidós años y era de pobre complexión: un busto suyo conservado en el museo del Bargello de Florencia, obra de arte de primer orden, presenta un rostro flaco con escasa barba, una nariz delgada y sumamente arqueada y un labio inferior prominente. Dos rasgos llaman la atención de un modo particular: la fijeza de la mirada y la irregulari-

rra à la Castille, 1893. Rott, *Histoire de la représentation diplomatique de la France auprès des cantons suisses*, tomo I, 1900. Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, dos volúmenes, 2.ª edición, 1894.

FUENTES PARA EL CAPÍTULO I.—D. Godefroy, *Histoire de Charles VIII, roy de France*, por G. de Jaligny, Andrés de la Vigne, etc., 1684. Comynnes, *Mémoires* (edición de la «Société de l'histoire de France», tres volúmenes, 1840-47, mientras se acaba de publicar la de B. Mandrot, cuyo primer tomo es el único que se ha publicado hasta ahora.) Burchard, *Diarium, sive rerum urbanarum commentarii*, 1483-1506, publicado por Thuasne, tres volúmenes, 1883-1885.

OBRAS.—Cherrier, *Histoire de Charles VIII*, dos volúmenes, segunda edición, 1870. F. Delaborde, *Expédition de Charles VIII en Italie*, 1888. De Boislesle, *Notice biographique et historique sur Etienne de Vesc* (en el «Annuaire-bulletin de la Société de l'histoire de France», 1878-1883). G. Vaesen, *L'expédition de Charles VIII en Italie*, «Revue des Questions historiques», tomo XLV, 1889. B. de Mandrot, *L'autorité historique de Ph. de Comynnes*, «Revue historique», tomos LXXIII y LXXIV, 1900. De Maulde, *Histoire de Louis XII* (primera parte, Luis de Orleans, 1462-1498, tres volúmenes, 1889-1891). Villari, *La Storia di Girolamo Savonarola e de' suoi tempi*, dos volúmenes, 1887-88.

(1) Respecto de los comienzos del reinado y de la mayoría de los personajes de quienes vamos á tratar, véase pág. 50 y siguientes.

dad de construcción de la cara, cuyo lado derecho parece algo más grueso, defecto que se acentúa por una especie de rictus de los labios. Era, pues, un ser mal conformado y enclenque, un organismo nervioso no exento de vigor, pero sin equilibrio.

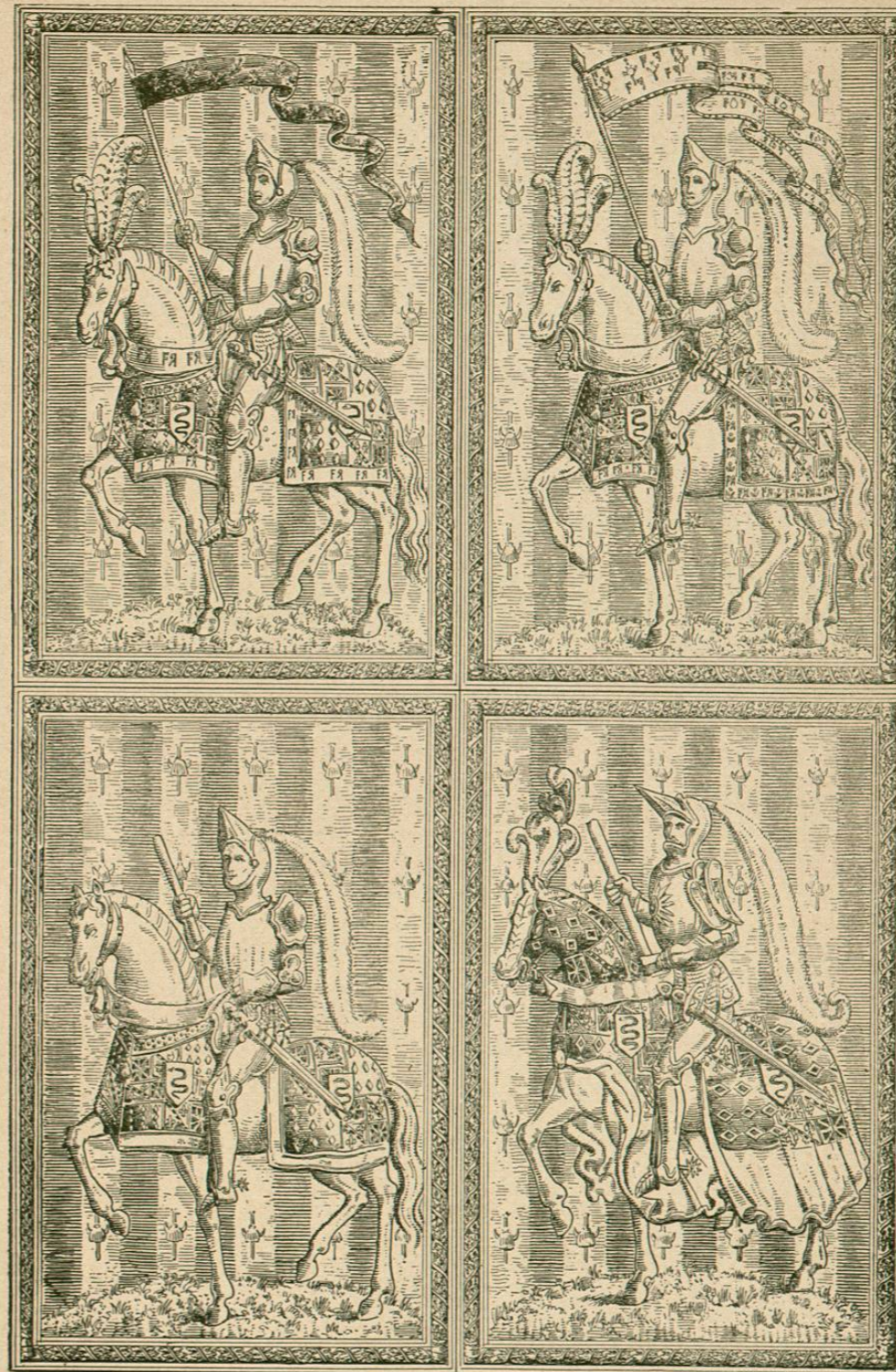
La inteligencia correspondía al tipo físico; en ella había también algo incierto, incompleto. Su ánimo era débil é inconsecuente. El joven rey era capaz de esos grandes propósitos en que la imaginación entra por más que la razón; pero era incapaz de adoptar y sobre todo de ejecutar las medidas necesarias para que tales propósitos se realizaran con éxito. Arrebatado como tantos caracteres tímidos, obstinado como la mayoría de los cerebros débiles, marchaba en línea recta adonde la pasión le conducía con felices impulsos de generosidad, como cuando corrió á libertar á su primo Luis, ó de heroísmo, como en Fornoue. Estaba predestinado á dejarse llevar con tal de que aquellos que quisieran apoderarse de él comenzaran por halagar su fantasía.

No obstante, había recibido más y mejor educación de la que se ha dicho: sabía lo bastante el latín para entender una arenga y era aficionado á las letras y aún más á las artes. Al decir de Gaguin, había leído muchos libros, algunos más que los famosos de caballería de que se ha hablado, los cuales, sin embargo, bien pudieron ejercer alguna influencia sobre su imaginación joven y ardiente, pues estaban muy de moda y conservaban un perfume místico, galante y caballeresco. Lo que le faltaba á este monarca era aplicación á los negocios. «Pienso verle, escribía á su gobierno un embajador florentino, aunque por sí mismo sea absolutamente incapaz de tratar asuntos serios; entiende tan poco de ellos y los mira con tan poco interés, que vergüenza me da el decirlo.» Un enviado veneciano resume de un modo bastante brutal la opinión de todos: «Tengo por cierto que así de inteligencia como de cuerpo vale poco.»

¿Quién guiará á Carlos VIII? Para saberlo, precisa buscar entre las personas que le rodeaban, ya que con ese joven inexperto y poco cuidadoso de las formas políticas, el gobierno conservó un carácter enteramente personal é íntimo: gobierno de corte, de palacio, como aún se decía entonces. Las personas que ejercerán influencia no la deberán á sus títulos oficiales, sino al favor de que gocen cerca del rey.

Ana de Beaujeu no quería renunciar á la autoridad que acaban de arrebatarle por sorpresa: enérgica, resuelta, violenta, dirigía á su marido, á quien había proporcionado una fortuna en extremo brillante. La joven reina, Ana de Bretaña, que sólo contaba diez y seis años, parecía tímida y permanecía postergada. Por último, el duque de Orleans, apenas reconciliado con Carlos VIII, esperaba sin duda aprovecharse de su título de príncipe de la sangre para obtener, por voluntad de su primo, el poder que había intentado usurpar por medio de la rebelión. En 1492 la reina, Monsieur y Madame de Beaujeu y Luis de Orleans se aproximaron, y en 5 de julio, delante de Jorge de Amboise «y puestas las manos sobre la madera de la Vera cruz y sobre otras santas y preciosas reliquias,» juraron «amarse y sostenerse recíprocamente.»

El más poderoso de sus adversarios parecía ser el señor de Graille, viejo servidor de Luis XI. «El dicho



PEDRO DE GIÉ EN TRAJE DE GUIÓN, DE ABANDERADO, DE GENERAL Y DE MARISCAL  
(Biblioteca Nacional, París, colección de Gaignières)



Graville, escribe Jaligny, era el que de mayor autoridad gozaba en la corte, y desde que tal autoridad ejercía, no se había separado un momento del rey.» Sin embargo, comenzaba á perder algo de la elevada posición que había conquistado, y á fuerza de tratar de meterse entre los partidos, había dejado la impresión de hombre indeciso, vacilante y hasta poco seguro. Otro personaje hubiera debido excitar aún más la desconfianza de los coligados, á saber, Esteban de Vesc, más conocido con el nombre de «Senescal de Beaucaire,» quien había comenzado su fortuna al lado del Delfín y le había im-

por amigo del príncipe que fuese, había de contener su ambición dentro de ciertos límites.

El mariscal de Gié, desde 1483 á 1491, había prestado los mayores servicios á la realeza; pero desde el casamiento bretón aportaba poco por la corte y no parecía pertenecer al número de aquellos á quienes había que temer por el momento. Seguían luego los personajes de segunda fila: La Tremoille, en situación muy respetable y muy visible, pero sin influencia á pesar de la victoria de Saint-Aubin du Cormier; Imbert de Batarnay, señor de Bouchage; Juan de Reilhac, director de cuentas; y



Carlos VIII, facsímile de un grabado de época

pulsado energicamente durante los primeros años del reinado. En junio de 1493, el embajador florentino, interesado en saber con exactitud quién dirige los negocios, escribirá á la Señoría: «El senescal está más en el corazón del rey y es más familiar y está más mezclado en todas las prácticas que otro señor cualquiera.»

Un tercer personaje se engrandecía al lado del senescal, Guillermo Briçonnet, representante de aquella clase media cuya importancia social y cuyo papel político iban en aumento, y á la cual la monarquía de los Valois y la nobleza rechazarán, como de común acuerdo. Guillermo Briçonnet adquirió gran predicamento en el ánimo de Carlos VIII y comenzó uniendo su fortuna á la de Vesc: los embajadores florentinos le califican de *uomo astuto e di grande stima e credito apresso il Re* (1). Según parece, sus miras eran muy ambiciosas: habiendo quedado viudo y después de haberse ordenado de sacerdote, iba á conseguir en 1493 el obispado de Saint-Malo y nadie ignoraba sus aspiraciones al cardenalato. Los títulos eclesiásticos tenían la doble ventaja de asegurar una especie de seguridad en medio de los reveses de la corte y de sustituir al «nacimiento;» un cardenal, un arzobispo pasaban por encima de todo; un burgués, por rico,

(1) «Hombre astuto y que goza de gran estimación y gran predicamento cerca del rey.»

el famoso Commynes, que había intentado mezclarse en todas las intrigas, pero que se había dejado atrapar en ellas y acababa de salir de la cárcel, comprometido aún por el recuerdo de muchos negocios nada limpios.

De modo que la corte estaba llena de combinaciones, que habían de repercutir directamente en la política extranjera. La cuestión magna en torno de la cual se movían en 1492 todos los partidos, era la de Italia: Carlos VIII sólo pensaba en la conquista de Nápoles, y arrastrado por su imaginación novelesca, soñaba al mismo tiempo con arrebatar á los otomanos Constantinopla. De esta suerte, la expedición á Italia sería el preliminar de la cruzada, de la que tanto se hablaba siempre aunque sin emprenderla jamás.

De Vesc y Briçonnet se enseñorearon del ánimo del rey y durante cuatro años, por lo menos, representaron el papel de jefes del gobierno, consagrándose por entero á servir los proyectos de Carlos VIII.

Dos familias reales reivindicaban Nápoles: la de Aragón y la de Francia. La primera hallábase en 1492 en posesión del trono ocupado por Fernando I; en cuanto á las pretensiones de Carlos VIII tenían por origen la conquista del reino por Carlos I de Anjou, hermano de San Luis, y los derechos reclamados por la segunda casa



francesa de Anjou, descendiente de Juan *el Bueno*, cuyos representantes afirmaban haber recibido la herencia napolitana por adopción ó por testamento (1). El último de ellos, Carlos del Maine, fallecido en 1481, había testado en favor de Luis XI y Carlos VIII reclamaba esta parte de la herencia que su padre no había solicitado; los juristas recogieron en todas partes documentos (en Provenza se buscaban todavía en 1494) y al fin se redactó una memoria en la que se confundían, sin duda intencionadamente, las dos casas de Anjou en una sola. De este modo se formó la versión oficial reproducida en 1494 en un documento administrativo: «Por lo que hemos sido debidamente advertidos de que dicho reino nos pertenece, tanto por derecho de sucesión cuanto por testamento de la casa de Anjou.»

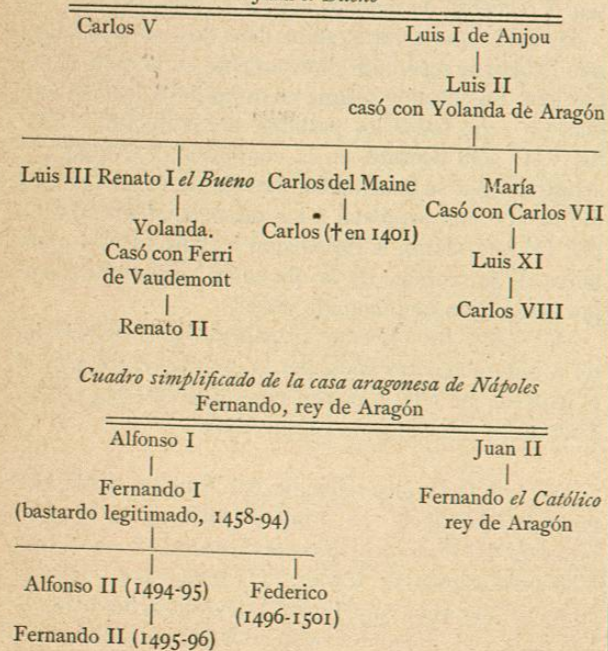
A decir verdad, nada más dudoso que los derechos del rey: si se reclamaba Nápoles remontando hasta Carlos I de Anjou, los aragoneses hacían observar que el reino era un «feudo» de la Santa Sede, dado á Carlos de Anjou y á su descendencia, pero á condición de parentesco en cuarto grado á lo sumo, con lo cual quedaba excluido Carlos VIII; y si se alegaba que Luis I de Anjou, jefe de la segunda casa, había sido adoptado por Juana I reina de Nápoles (1380), ó que Juana II, otra reina de Nápoles, había testado en favor de Renato I de Anjou, los partidarios de la casa de Aragón contestaban que las constituciones del reino no admitían actos de este género y que, además, el testamento de Juana II era apócrifo. Pero ¿qué importaba todo esto? Bastaba con tener un texto que discutir porque los derechos de la parte contraria no estaban mejor fundados (2).

## II.—Italia

Insístese siempre en el fraccionamiento de Italia á fines del siglo xv, y no sin razón; sin embargo, si en vez de compararla con los demás Estados se la compara

(1) F. Van der Haeghen, *Examen des droits de Charles VII sur le royaume de Naples*, «Revue historique», XXVIII, 1885.

(2) Cuadro simplificado de la segunda familia angevina Juan *el Bueno*



conigo misma, se ve que la dirección de las cosas parecía llevarla, también á ella, hacia la unidad. En lugar de las múltiples dominaciones feudales ó municipales, aparecen Estados, como la república de Venecia, el ducado de Milán, etc., sólo que Italia no llegó más que á las unidades locales, quedando de esta suerte rezagada, lo propio que Alemania, con relación á la marcha seguida por las naciones occidentales.

La configuración física de la península, la política del Papado, las numerosas invasiones y el establecimiento de dominaciones extranjeras durante la Edad media, habían producido recortaduras extrañas y sin cesar variables, Estados ficticios y momentáneos, formas de gobierno infinitamente diversas, hábitos separatistas y, como consecuencia de todo ello, el individualismo, es decir, el aniquilamiento, no ya de toda idea nacional, sino hasta de todo sentimiento de solidaridad entre italianos. El «condottierismo», que predomina tanto, por lo menos, en la historia política ó social como en la historia militar de aquella península, es la manifestación palpable de estas disposiciones. La política fué puramente personal; ciudad, individuo ó Estado, cada cual no trató más que de engrandecerse, y lo hizo al azar de su genio ó de circunstancias favorables. Poco á poco, la forma republicana desaparece, siendo reemplazada por el sistema de príncipes; también en esto Italia obedecía á las tendencias generales que arrastraban á Europa; pero así como en Francia, en Inglaterra y en España los soberanos entremezclaban instintivamente con sus ambiciones la concepción del Estado, superior á ellos y duradera, los príncipes italianos confundían al Estado con su persona y á ella lo subordinaban. Nada más contundente, desde este punto de vista, que la historia de un Ludovico el Moro ó las máximas del libro del *Príncipe*.

En 1494 aparecen seis Estados principales más ó menos sólidamente constituidos.

El reino de Nápoles representa la única unidad política que se conservó en el curso de la Edad media, pero no fué sin trastorno de dinastías que introdujeron en aquella estabilidad geográfica la situación gubernamental más inestable. Si la monarquía permaneció fuerte, en medio de aquellos trastornos, no logró hacer desaparecer el feudalismo, muy potente todavía en vísperas de la conquista francesa. La actividad y la vida política, industrial é intelectual, se concentraban en Nápoles ó alrededor de Nápoles, desarrollándose allí con exuberancia una civilización sensual, brillante; en cambio en las extremidades del país, en las llanuras de la Pulla, no se ven sino fortalezas feudales ó ciudades amuralladas, diseminadas en medio de vastos espacios solitarios y en torno de las cuales tantas veces combatirán los españoles y los franceses.

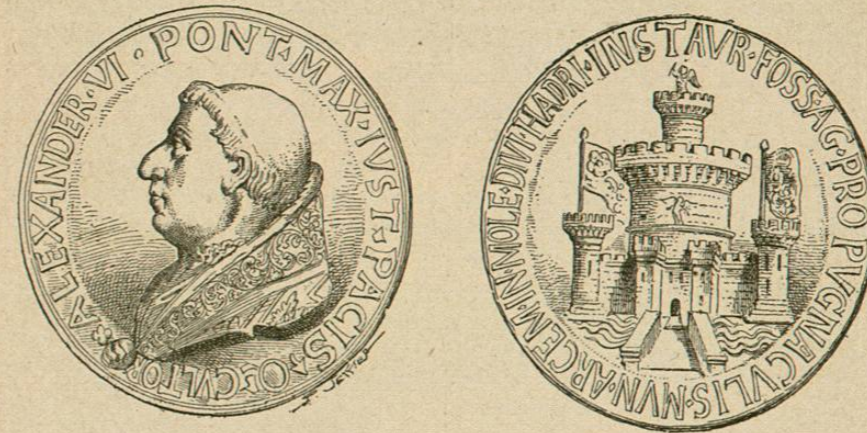
Todas las incertidumbres de la constitución del Estado napolitano surgían y se manifestaban al final del siglo xv. Fernando reinaba allí desde 1458, pero los barones se habían sublevado contra él en 1485 y habían llamado á Renato II de Lorena, porque siempre se tenía á mano un pretendiente. Fernando se sostenía únicamente por el terror y gracias al apoyo incierto de España.

El Estado pontificio comprendía el antiguo Lacio, las Marcas y la Romaña, siendo tal vez el más extraordina-

rio de todos los Estados italianos. Aquella larga y mal cortada faja de territorios heterogéneos no parece corresponder á nada de lo que constituye un país, y el Apenino central la corta en dos partes y aisla á Roma. La parte septentrional á fines del siglo xv sólo nominalmente pertenecía á los papas, puesto que la disfrutaban á medias los venecianos y algunas familias poderosas, como los Bentivoglio, los Malatesta, los Montefeltre, tipos acabados de condottieros. En la misma Roma, ó en la campiña romana, dominaban los Colonna y los Orsini que ocupaban en la capital barrios fortificados. Sixto IV (1471-1485) no consiguió ser verdaderamente dueño de ella sino empleando el terror, como hacían un Visconti en Milán y en Rímini un Malatesta. Los papas, además, al igual que los condottieros de su tiempo, tra-

Demostraba éste ser un mediocre sucesor de Lorenzo y ocurría esto precisamente en el momento en que un personaje extraordinario, Savonarola, llegaba á ser el representante y el abogado de las aspiraciones de la ciudad. Pertenecía Savonarola á la raza de esos grandes reformadores que jamás han consentido en separar la moral de la religión; amante de las letras y aun de las artes, por más que lo contrario se haya dicho, no les reconocía, sin embargo, más que un papel posible en una sociedad cristiana, el de mejorar á los hombres.

Parece, á primera vista, que había de encontrar un medio poco favorable en aquella capital del Renacimiento que había caído bajo la dominación más ó menos disfrazada de los Médicis, en aquella ciudad que se dejaba arrastrar apasionadamente por la alegría de vivir;



Medalla del papa Alejandro VI

bajaban en la fundación de un Estado territorial para sus familias.

De este modo, á fines del siglo xv, se rebacía lentamente el poder del Papado temporal, que aún no estaba reconstituido, ni mucho menos: los papas se dedicarán á realizar esta obra y para lograr su objeto sacrificarán los intereses italianos y los religiosos.

En 1492 subía al solio pontificio Alejandro VI Borgia, que debía ocuparlo hasta 1503; su política sin escrúpulos había de excitar todas las codicias de los príncipes, pero su papel, en un principio, no fué más que secundario. En 1492 era partidario de Fernando de Nápoles; sin embargo, procuraba solamente mantenerse al paio, dispuesto á aprovecharse de cualquiera circunstancia propicia.

La Toscana no había sido absorbida aún por Florencia, pero tendía cada vez más á convertirse en florentina. Aunque la República de Siena conservaba un territorio bastante extenso y la de Luca se mantenía independiente, los engrandecimientos de Florencia y la situación favorable de la ciudad sobre el Arno indicaban claramente cuál había de ser próximamente el centro de la región política. Existía allí un impulso tanto más irresistible, cuanto que la unidad de acción se había establecido en la ciudad con Cosme I (1434-1464) y Lorenzo de Médicis (1469-1492); pero quedaban todavía algunas familias que no se habían sometido y una vieja levadura democrática y las dificultades se convirtieron en peligros con el inepto Pedro II de Médicis (1492).

y no obstante, si en alguna parte de Italia podía intentarse aún la lucha contra el humanismo pagano, indudablemente era en Florencia en donde podía trabarse el último combate con algunas probabilidades de éxito: sólo allí, al par que los sentimientos democráticos tenían aún algunos fieles, existían ciertas almas animadas por un vigoroso y místico cristianismo. En aquella atmósfera flotaba todavía algo de Catalina de Siena.

Precisamente la elección de Alejandro VI planteaba de una manera satisfactoria para los creyentes el problema de aquella renovación de que hablaba Savonarola. La Italia vacilaba y nadie ignoraba que al otro lado de los montes ó del mar algo se preparaba contra ella. En 1492, Savonarola, recordando perfectamente en esto la tradición florentina (Dante invocando al emperador), dirigió á Carlos VIII para hacer triunfar sus designios, predecía su venida y hasta le solicitaba como al prometido salvador.

Al Nordeste de Italia, la unidad se realizaba por Venecia: la República, después de haberse extendido, durante la Edad media, por el Oriente marítimo, retrocedía ante los progresos de los turcos; hacia aquel lado estaban siempre su fortuna, su vida, sus destinos y así se explica, á pesar de la opinión general, que no favoreciera los proyectos de Colón, pues tenía sobrada perspicacia para creer que de ellos podría sacar algún provecho. Es más; desde 1492 á 1517 no cesó de esforzarse para mantener la dirección comercial hacia Oriente; pero también había pensado muy tempranamente en extender hacia el Oeste el círculo reducido en que se encontraba